

El profesor Clariana, manifestando su preferencia por la obra de ciertos autores chilenos, afirma los basamentos de su teoría acerca de un aspecto interesante del hacer literario.—*Vicente Mengod.*



“GUARO Y CHAMPAÑA”, de *Hugo Lindo*. Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador. El Salvador, 1955

He aquí, reunidos en un solo volumen, dos tipos muy diversos de narraciones. El título, brevemente anotado por el autor, nos entrega finísimos hilos conductores.

El guaro es un licor regional y áspero. El champaña evoca reminiscencias de la dulce Francia, tiene suavidades y un no sé qué de sensualidad. Los relatos encuadrados en la primera rúbrica son broncos y regionales. Los segundos son de motivación y proyecciones no circunscritas al terruño patrio del autor. Unidos, forman el anverso y reverso de una moneda vital potenciada por obra y gracia de la dignidad estética.

La prosa de Hugo Lindo es de gran pureza, casi exenta de complicadas metáforas. Diríase que escribe escuchando la resonancia de la palabra hablada. De ahí su tersa limpidez, su ritmo seguro, sin prisa, pero sin detenerse. Mejor dicho, en alguna oportunidad, descubierto el periplo que sus personajes han de llevar a efecto, el autor se complace en seguirlos, sin darles tregua a vacilaciones. Y entonces, el lector experimenta una sensación de dramatismo. Porque sabe que el cuentista, con seguridad implacable, habrá de detenerse a escuchar los latidos de sus personajes, de unas hembras y de unos varones de carne y hueso. Pero he ahí que esas agonías son registradas en toda su intensidad, sin que, por ello, desaten la fibra cordial del comentario de tipo social, sin que se urdan las habituales frases de sabor literario. En ello radica el mérito indiscutible de esta obra, de un arte de contar y novelar sin aditamentos. El autor, literato de finas calidades, rehúye la postura moralista,

ahoga el grito de protesta ante una realidad social. Como es lógico, su realismo se tiñe de un sentido espiritual que brota naturalmente, sin que se nos den normas preestablecidas.

Hugo Lindo escribe con naturalidad. Dice y evoca los hechos de su país, sabiendo que su valor es suficiente. Rechaza ponerse a meditar literariamente sobre tales historias. Tal vez adivina que es pernicioso estéticamente hacer literatura, cuando la fuerza humana de los hechos confiere calidad y validez a las situaciones.

En la sección denominada "Guaro" hay cuatro narraciones, concebidas al socaire del vivir popular. Hay en ellas individuos tocados por la desgracia, gente que vive desviviéndose por darle a su existencia un sentido determinado. En cuanto que los personajes inician su andadura novelesca, el autor los sigue, los rodea, asiste con ellos a sus profundas exclamaciones de fracaso.

"Risa de Tonto" es un cuentecillo de rígida ensambladura estética. Los acontecimientos avanzan, se desvanecen, vuelven a surgir. Las viñetas realistas van formando un delicado contrapunto. Al final, alcanzado el punto de tensión máxima, en la cara redonda del tonto se pintará, una vez más, una sonrisa ancha, gelatinosa y desdentada, como si quisiera evocar, mediante un gesto involuntario, la primera sonrisa que provocó la tragedia.

"La espera" no tiene una solución determinada, los elementos que intervienen en este cuento pueden organizarse de muy diversas maneras. Cada uno de los personajes tiene una manera de esperar, de copar la vida en los verdes tapetes del tiempo. El enamorado encontrará su culminación, cuando los frutos de la tierra le den la sensación de una casi riqueza; el jueguista tendrá sus momentos de triunfo y de poderío, mientras que el "guaro" empieza a circular por botellas. Y la llegada de un posible vengador de agravios, dará validez a las palabras de un filósofo popular: "Cada cual tiene su espera..." Así, de esta forma, la narración queda inconclusa. Será necesario esperar al día siguiente. Tal vez, en todo el pueblecito se haga verdad una tremenda noticia, un hecho que el autor escamotea, pero que está sugerido con gran habilidad.

La segunda parte del libro exhibe otros matices. Los temas son menos directos. Se da en ellos la nota vagorosa, intrascendente, con ciertos matices de humorismo. Tal, por ejemplo, en las fugas del relato titulado "La novela mecánica".

De vez en cuando, un contenido lirismo revela las posibilidades poéticas de Hugo Lindo. Su divagación "Bahía Leonora" bordea las cumbres del subjetivismo, de una poesía de finas alusiones.

En "Un cuento de Navidad" hay dramatismo, ráfagas poéticas, una manera de interpretar la vida, afincándose en la realidad emocional de unos seres de carne y hueso. Y este cuento, reconstruido mediante la técnica de posibles evocaciones personales, nos conduce a las primeras estribaciones de una narración navideña que no acaba en gente muerta de frío ni de hambre, ni en niños desilusionados por la miseria, "sino en una buena chiquilla de cuarenta y cinco años, que empieza, de nuevo, a fabricar una casita de cartón para las hormigas, sabedora, de antemano, que las hormigas ni querrán ni podrán vivir ahí". Pero en su corazón repica una campana, hay alegrías soterradas que afloran, yace una ilusión que pugna por hacerse realidad. El simbolismo, con tornasoles sensuales, es como la imagen de la vida.

Las notas de humorismo, insinuadas a lo largo de *Guaro y Champana*, se centran y se matizan de muy diversa manera en cada uno de los cuentos. A veces, con indudable pesimismo. Por excepción, con la idea de provocar la risa, el comentario íntimo.

"Abn Al Jaschid" es la historia de un hombre de ciencia, de un árabe que sueña en poner la ciencia al servicio del disparate. Quiere dar continuidad al tema de la poligamia. Esgrime sus acertadas razones. Busca afanosamente, halla solución a su deseo. Consigue crear hembras deshidratadas, reducidas a mínimos ladrillos. El agua les confiere su encantadora forma. Hasta que brote la verdadera tragedia. Tal vez porque de una de estas encantadas "concentraciones de materia" surge el tipo que bien puede hacerse llamar Cristina... o Jorge.

Este libro editado por el Ministerio de Cultura de El Salvador, en su colección de contemporáneos, con ilustraciones de Camilo Minero, recoge varios cuentos de un escritor multiforme, de un poeta que hace prosa de suma pureza, sin hojarasca.

Hugo Lindo, en cada una de sus narraciones, esboza los elementos de una larga historia, de una novela concentrada, encerrada en sí misma. Los personajes adelantan en seguida su íntima contextura, marchan y actúan con desenvoltura. Lo que hace suponer las cualidades potenciales del escritor centroamericano para la novela. Sobre todo para la novela popular, con sus hombres inmersos en tragedia, con sus negros bonachones, románticos, de instintos primarios, con frecuencia.—V. M.



“ACOSADOS EN EL MAR”, de *John Harris*. Editorial Zig-Zag. Santiago, 1957

He aquí una novela de aventuras, construida con muy pocos elementos, pero de intensa humanidad. Cuatro personajes, medidos sobre las aguas inciertas de algunos mares, nos van entregando su auténtica cifra espiritual. Los paisajes cobran su calidad de diversos estados de alma. Y ello es así, aunque el relato, fuerte y sin concesiones, no cae nunca en las delicuescencias de un romanticismo sentimental.

Veamos la textura de la novela. Cierta día, del puerto de Sidney, sale una desvencijada embarcación. Las velas remendadas se hinchan gloriosamente. En la plataforma del barquichuelo hay cuatro personas. Dos hombres y dos mujeres. Uno de los varones, joven y enérgico, necesita huir. En su conciencia rebulle el peso de una culpa. En los otros tres protagonistas, asimismo, hay un afán de alejamiento, pero por causas menos decisivas. Quieren evitar que su embarcación caiga en manos de los acreedores. Y comienza la tremenda aventura.